

arroja al fuego; ¿qual será el cuidado que tendrá de tí, ó hombre, por quien se han hecho tan grandes maravillas?" Y si haciéndote tú por el pecado esclava del demonio y enemiga de Dios, te proporciona lo necesario para la vida, porque su infinita misericordia no quiere tu condenacion; ¿qual otra será su asistencia, si con fidelidad le sirves y desempeñas tus obligaciones cristianas? Un llanto inconsolable acompañado de profundos suspiros me cercioró de sus buenos sentimientos de Religion; el siguiente dia labó su alma en el tribunal de la penitencia; le proporcioné en que ocupase segun sus alcances; desde aquel punto es socorrida en aquella parte á que no alcanza su trabajo, y ya vive recogida acompañada de una Señora mayor de notable cristiandad.

Mucho trabajo me ha costado, dice el tercero, reunir aquel matrimonio, mas no ha sido inútil por la gran misericordia del Señor: sus genios encontrados hacían temer una irreconciliacion perpetua, y á no ser por la prepotencia que logran sin violencia los Sacerdotes en los corazones católicos, tal vez se hubieran realizado hasta el fin nuestros fundados temores. Conduje á ambos disimuladamente á la presencia de su Párroco, quien fundado en las divinas palabras del Apostol (*Colos. c. 3. v. 18.*) probó en un solidísimo discurso, que las mugeres deben sugetarse á sus maridos en el Señor, deben amarlos cordialmente, deben ceder á ellos en todo, obedecerlos, sufrirlos, consolarlos, y asistirlos, porque el marido es la cabeza, no solo de la casa, sino tambien de la muger. (*I. Cor. c. II. v. 5.*) Al marido manifestó con el mismo Apostol que debía amar á su Esposa del mismo modo que Jesucristo ama á su Iglesia: (*Efess. c. 5. v. 25.*) que debía tratarla con afabilidad, asegurarla de su cariño, darle buen exemplo, alimentos, vestidos necesarios y decentes, y cuidarla en sus enfermedades; pues quando se la entregó la Iglesia, le dixo con palabras sensibles por medio de su Ministro: Compañera os doy, y no Sierva, amadla como

